

Desde la periferia: literatura mormona

Por Gabriel González Núñez

Cada Estado ha elaborado, mediante sus centros de instrucción, un canon literario. Este canon está compuesto por obras de autores nacionales y otras de autores extranjeros. No hay duda de que la oferta literaria es muchísimo más extensa de lo que consagran las universidades y escuelas. Tampoco hay duda que el canon representa el núcleo de un sistema en que un número imposible de obras pugnan por desplazarse desde la periferia hasta el centro. Algunas obras llegan, gestando así la evolución del canon. La abrumadora mayoría queda siempre en la periferia.

A veces hay literaturas enteras que son periféricas. Por ejemplo, en Estados Unidos a lo largo del último siglo y medio se ha desarrollado una literatura mormona, que está muy bien nutrida pero que es periférica en relación a un centro ocupado por obras de Walt Whitman, Mark Twain, Ernest Hemingway, John Steinbeck, Toni Morrison y otros.

Según el académico Eugene England, esta literatura mormona traza sus raíces hasta el surgimiento del mormonismo en 1830. Tiene por aquellos días una etapa fundacional donde los primeros mormones escriben principalmente poemas e himnos. Un ejemplo de ello es el poema convertido en himno «Oh mi Padre» de Eliza R. Snow. A partir de 1880 surge una «literatura propia» en que los escritores publican distintos géneros —desde la poesía hasta la novela—, siempre con el fin de edificar y promover la fe mormona. El abanderado de esta etapa es Nephi Anderson, y su novela más conocida se llama *Added Upon*. En la década de 1930 aparecen los primeros autores mormones en tener éxito fuera del mormonismo. Estos no escriben para fortalecer a los fieles sino más bien desde una óptica crítica. Se les conoce como la «generación perdida», y varios obtuvieron premios nacionales. Una escritora sobresaliente de esta época es Virginia Sorensen, conocida por varias novelas, entre ellas *A Little Lower than the Angels*. En la década de 1960 empieza a verse lo que se considera el «realismo fiel», en el cual los autores expresan las vivencias de los mormones de forma realista pero no antagonista. El escritor emblemático de esta etapa es Levi S. Peterson, autor de *The Backslider*. Peterson, dicho sea de paso, es el autor de uno de mis cuentos favoritos: «The Confessions of Augustine».

En la actualidad, la literatura mormona parece seguir cuatro tendencias principales: 1) vemos autores como Jack Weyland que siguen la tradición de la «literatura propia» y escriben novelas populares que buscan edificar a sus correligionarios; 2) otros autores, como Margaret Blair Young, optan por la tradición del «realismo fiel» y retratan, sin hostilidad y sin romanticismos, las dificultades de la vida mormona; 3) algunos autores, como Judith Freeman, son hasta cierto punto herederos de la tradición de la «generación perdida» y escriben obras que adoptan posturas más bien críticas hacia el mormonismo, y 4) hay algunos autores mormones que son sumamente populares, como por ejemplo Stephanie Meyer, y cuya obra es básicamente indiferente hacia el mormonismo, su cosmología y las vivencias de sus fieles. Como sea, la literatura mormona en la actualidad abarca muchos géneros y una cantidad cada vez más compleja de tendencias (por ejemplo, empiezan a surgir con frecuencia ficciones que son más mágicas que realistas).

Como se puede apreciar en este breve bosquejo, dentro del sistema literario estadounidense existe un centro consagrado y una periferia muy amplia. Tan amplia que incluso entran literaturas enteras, cada una con su historia única, sus propios centros y periferias, sus valoraciones particulares de la vida. Y ese es su valor precisamente. Este tipo de literaturas periféricas son valiosas porque ofrecen, cada una a su manera, una ventana diferente a las vivencias del ser humano. Y es allí donde encontramos los aportes de la literatura mormona estadounidense.

Nota

Este texto se publicó originalmente el 27 de marzo de 2017 en el blog “Donde escribe el escritor”, aquí: <https://wp.me/p7SZTV-50>